



Amparo Marcos, 72 años.
Beatriz Moreno García, 19 años.

La visita

Nos situamos en fechas de posguerra, donde el hambre y la pobreza en España gana camino con demasiada facilidad. Amparo, por aquel entonces, es una niña de corta edad que vive en la calle Amor Hermoso en el humilde barrio de Usera, rodeada de muchos niños que viven en su misma condición.

Aunque de corta edad, su reducida experiencia en la vida se fija bajo los valores de generosidad y ayuda a los otros; comparte todo lo que tiene y todo lo que recibe con aquellos que la rodean y la puerta de su casa siempre está abierta para todo el mundo. De familia humilde, Amparo tiene nueve hermanos, ella será una de las más pequeñas, y su padre Victor, de profesión taxista, será un hombre admirablemente trabajador y rematadamente culto que hará lo posible para que no le falte de nada a su familia aún a pesar de los malos tiempos que por aquel entonces corrían.

Amparo y su familia solían visitar con frecuencia a sus tíos, porteros del número veintiséis de la calle Monte Esquinza, justamente al lado de la embajada argentina, lugar que tomará relevancia avanzada esta historia, pero por ahora nos seguiremos centrando en las aventuras de Amparo, Amparito como así le llamaban por aquel entonces.

Cerca de la casa de sus tíos había un convento de monjas muy amables que siempre hablaban con ella e intentaban ayudarla facilitándole algo de comer. En algunas ocasiones le daban una naranja, cuya cáscara aprovechaban para construir unas curiosas cestitas. Las monjas siempre fueron cariñosas con ella y siempre que podían le daban a ella y sus hermanos lo que sobraba de las obleas, chuchería que compartiría con el resto de niños.

Al no existir televisión, sino únicamente Radio Andorra, que solamente escucharía su padre, y por las noches, los niños se pasaban las horas muertas empleando la imaginación en idear nuevos juegos, donde participarían todos los niños del barrio. Uno de los juegos más habituales eran los bonis, que consistía en meter varios alfileres en una montaña de arena e intentar sacarlos tirando piedras, o aquel juego que consistía en encestar un hueso de albaricoque en una caja, los juegos con la goma, los hilos, etc. También eran muy frecuentes los juegos de carreras, escondite, etc, donde todos los niños tomaban parte del juego.

Todo el mundo en el barrio se conocía, eran como una gran familia y las noticias de los unos y los otros corrían como el viento, en parte, tal vez se debía al único teléfono existente en todo Usera, el del Señor Carajo, el farmacéutico, que amablemente dejaba utilizar a todo el mundo fuese la hora que fuese.

Tanto era el sentido de convivencia en que vivían que la familia de Amparo acogió a dos niños de Pamplona cuya madre había muerto de tuberculosis y cuyo padre se habría metido a monje en la orden de San Juan de Dios, tratándolos como su propia familia durante un año.

Todo debía ser solidaridad y apoyo entre unos y otros para salir del paso de aquella dura etapa que les había tocado vivir.



Pero ahora nos centraremos en algo más alegre, aquello que Amparo recuerda con tanta alegría.

Aquel día, 8 de Junio de 1947, no sería un día cualquiera, Amparo dormiría en casa de sus tíos y acudiría con su madre y sus dos hermanos pequeños a recibir en, la antes nombrada, embajada de Argentina a una tal Eva Perón. Ella, no conocía quien era esa mujer, pero sí sabía el revuelo que se estaba montando en la ciudad por su llegada, por todos lados se oían aclamaciones y bendiciones hacia aquella mujer que tanto quiso y ayudó a España. Para ella, lo más trascendental serían los fuegos artificiales que por la noche se celebrarían en su honor, sin llegar a pensar nunca que esta visita le marcaría para el resto de su vida, siendo así que varias décadas después, durante algunos días, he sido afortunada de poder escuchar a esta mujer contar tan maravillada estos sucesos, pero volvamos al relato. Esa mañana en casa de sus tíos todo era revuelo, todos estaban nerviosos aseándose y vistiéndose para la ocasión. Amparo estrenaría un vestido de flores marrones y beiges que aún ahora recuerda con dulzura como su hermana lo cosió con sus propias manos para el momento, una chaqueta de lana, unos zapatitos y medias blancas de perlé.

Sus dos hermanos y ella siguieron a su madre hasta el vestíbulo de la embajada, asombrados por la cantidad de gente que había apostada en las calles esperando al a mujer. Tras un rato de espera se empezó a oír alboroto, llagaba el momento que todos esperaban y aquella fabulosa mujer hacía aparición en la entrada. Todo el mundo la aclamaba y ella saludaba a todos con amabilidad.

La imagen que aquellos ojos de trece años vislumbraron aquel día no se borraría nunca de su memoria; aquella mujer de tan impresionante presencia; cuna mujer bellísima de peinado perfectamente ahuecado, vestiduras refinadas, con un andar distinguido, sería la mujer más elegante que Amparo hubiese visto nunca antes. Mostraba un venerable respeto hacia las personas mayores, una cercanía y sencillez hacia el pueblo digna de admiración teniendo en cuenta la categoría de la mujer de la que estamos hablando, que marcaba con sus actos una recia personalidad. Durante aquel acto, aquella imponente mujer, en un gesto cariñoso repartió besos entre los niños, entre los que estaba nuestra protagonista, Amparo y recibió también un pin con la bandera de Argentina que todos llevaron durante aquel mágico día.

Fue día de continuas celebraciones y por fin llegó la noche y con ella los anhelados fuegos artificiales en la Plaza de Cibeles. Todo el mundo estaba de celebración, Amparo correteaba con sus hermanos esperando a que empezaran los primeros estallidos. Cuando empezaron quedó maravillada, el cielo se llenó de colores y luces fantásticos, hoy confiesa que fueron los fuegos artificiales más bonitos que ha visto en su vida, nunca ha vuelto a ver nada igual. Tras finalizar tal lindo espectáculo se padre les esperaba con el coche en la calle Madrazos para regresar a casa, donde aquella noche Amparo probablemente soñaría con todo lo que había ocurrido aquel día.

La cita de Eva Duarte, como el resto de visitas que hizo a España no quedó únicamente en su impecable imagen y en las fiestas celebradas en su honor, sino que trajo consigo numerosas provisiones que repartió entre las familias más desfavorecidas. Gracias a estas provisiones Amparo pudo probar por primera vez la sopa de letras, también trajo consigo mucho trigo, carne congelada, que por aquel entonces no se conocía en España y mucho más.

Para hacernos a la idea de la imaginación que desarrolló la pobreza entre los ciudadanos es curioso comentar que dicha carne congelada venía envuelta en telas, que las niñas pedían utilizándolas para hacerles los vestiditos a sus muñecas.



Tal situación de supervivencia marcaría en el futuro la vida de estos niños, en este caso Amparo creció y maduró llegando a ser una persona fuerte a lo largo de su vida y sin olvidar nunca aquel día cuando vio aquella mujer tan generosa con los demás, queriendo seguir su ejemplo y llorando mucho su muerte.

Lo importante de la vida

Tal lema será el que haya llevado en la práctica durante toda su vida Amparo Marcos, una mujer de 72 años que guarda en su interior la vitalidad de una adolescente. Amparo desde siempre ha sido una mujer fuerte que ha debido afrontar desde pequeña demasiados malos tragos; pierde un hermano en la guerra cuando ella era muy pequeña, vive toda las secuelas y pobreza que una guerra trae consigo, en este caso la guerra civil española y aún así, a pesar de su reducida edad se mantiene con la cabeza erguida y con ganas de seguir disfrutando de la vida.

Pero no sólo eso, también debe sufrir la enfermedad de corazón de su marido durante 22 años y que finalmente acabará con su vida y deberá sacar adelante a dos niños, teniendo que empezar a trabajar y montando un negocio ella misma. Además, la enfermedad también la vivirá en su propia piel, sufre dolores de espalda y llega hasta a tener un ataque al corazón. Pero esto no son factores que hayan acabado con esta mujer de admirable fortaleza, sino que ha demostrado con su carácter y buena fe que es capaz de afrontar todo esto y mantener esa sonrisa en la cara que le caracteriza.

A pesar de todo lo que ella ha pasado, Amparo ha decidido que no quiere ver pasar la vida como una simple turista que se limita a observarla desde fuera, sino que es una persona activa y que se preocupa por el bienestar de los demás.

Actualmente es voluntaria en varios centros para mayores en Madrid y se dedica a alegrar la vida a los demás, hecho de digna admiración. Sabe disfrutar de la vida, sale con sus amigas, va al teatro, muy aficionada a ir a tomar un café a Espartero, e incluso va al gimnasio.

Es una mujer muy vivaz, amable con todos aquellos que la rodean, es conocida allí donde va por su gran simpatía y es imposible dar más de diez pasos con ella por la calle sin que nadie le pare para charlar, hecho que me fascino ver, pero que sin embargo no me sorprendió en absoluto, pues es una mujer fácil de tratar y muy cordial en sus relaciones.

Desde mi persona, me alegro de haber conocido a alguien así, alguien que es capaz de darlo todo por los otros, de estar ahí en los momentos duros, de velar por la felicidad de los demás, alguien que conoce perfectamente el valor de la vida y que estoy segura exprimirá todo su jugo todo lo que le sea posible, después de todo, como ella bien dice; Sólo se vive una vez.